

# Cambio

Marina Frankel



# Capítulo 1

## Cambio

El aula es nuestro camerino, mis compañeras de sexto grado están acompañadas por su mamá, hermana mayor o tía. Me acerco a Sol, mi mejor amiga, invento una excusa para conversar, espero que su mamá se de cuenta que necesito ayuda. Todas están peinadas, maquilladas, con calzas negras y un top. Mi calza parece más gris que negra y mi top es una remera vieja que me queda chica, "si levantás los brazos se te ve el ombligo", me dijo mamá como excusa para no gastar plata, total no es ella la que va a estar ridícula. No logro peinarme, por suerte la mamá de Sol me ayuda. También me maquilla, la pintura tiene un olor extraño a viejo, el glitter cae como polvo mágico sobre mis mejillas. "Seguro llega para verte bailar", me dice cerrando su caja de sombras, sonrío y lucho con las calzas, miro a mis compañeras para saber si van arriba o debajo del ombligo. Me siento disfrazada.

El timbre suena. Hace calor y la nariz me transpira. La primera parte del acto es la más aburrida: habla la maestra de séptimo, escupe cuando lee el discurso y parece que va a llorar. Después recibimos a la bandera de ceremonia, aplaudimos, cantamos el himno, muevo la boca como un pez en aquellas partes donde no me acuerdo la letra. Por fin la profesora de educación física nos hace señas para que nos escondamos detrás del telón. Los varones se quedan sentados en las gradas, se ríen y se golpean como estúpidos. Los envidio, odio no poder quedarme con ellos.

Escondidas en el escenario, tenemos que esperar, me arden los cachetes, los abanico con las manos. Una sensación extraña en la panza me incomoda. Practicamos un millón de veces la coreografía, sobre todo el momento justo para entrar a escena. En los ensayos por primera vez fui parte de las preferidas de la profe, era la única que entendía sus indicaciones, aunque en realidad lo que distinguía era cómo le cambiaba la mirada: sus ojos parecían lanzar rayos en el "momento indicado". Ahora no va a estar enfrente con su lanza rayos, todo depende de mí. Me asomo y busco a mamá, repaso las sillas y también la fila de grandes que están parados al fondo. Me escondo triste y enojada. Tiro con fuerza del pelo para ajustar la cola, la tirantez me da seguridad. La música comienza, abro los ojos grandes para oír mejor, escucho que la melodía cambia, hago una seña y salimos al escenario. Todas bailamos, nos miramos de reojo para recordar los pasos. Aplausos. Tanto ensayo y listo, se acabó. "Vamos a merendar algo rico a Rabbit y me contas todo", ir a mi bar preferido, su propuesta cuando me enojo.

Subimos al auto y mamá empieza con las excusas de siempre por haber llegado tarde: que la jefa es mala y no la deja salir a tiempo, que había mucho tránsito y que nunca hay estacionamiento cerca de mi escuela. El

aire acondicionado no funciona, bajo la ventanilla, miro para fuera y cuento los carteles para no escucharla.

"Elegí lo que más te guste", dice mientras miramos la carta del bar. Esta vez no me fijo en los precios, ni pregunto cuánto podemos gastar. El mozo se acerca, pido un licuado y unos waffles con frutilla, crema y dulce de leche, mamá sólo un cortado. Abro una revista, es aburrida, igual paso lento las hojas. "Ludmi, necesito que hablemos. Este verano va a ser distinto a otros", dice. Un retorcijón en la panza me recuerda que estoy enojada, por suerte dura poco, no digo nada para que no me rete por lo que pedí para merendar. Mamá sigue hablando, dice que la plata no alcanza y que este año no podrá pagar la colonia. Esto me interesa, la miro, intento esconder mi sonrisa. Odio la colonia: los vestuarios, los cuerpos desnudos, los baños llenos de papel higiénico, aguantarme las ganas de hacer pis o caca con tal de no ir, los profesores mandones. Si no voy a la colonia, podría quedarme en casa sola y mirar todas las películas que quiera hasta las prohibidas, calentaría la comida en el microondas y hasta leería un libro. Mamá comienza a explicar cuál es el plan y el sueño se termina. Mi verano será peor que la colonia: voy a tener que ir a la casa de la abuela Lita. "Pero máaaaaaaa", digo y mi voz se escucha muy finita. La odio, cómo puede hacerme esto.

Volvemos a casa y me encierro en mi habitación.

"Arriba Lu, vamos, que se hace tarde ¿Guardaste las cosas en la mochila?", me despierta la voz de mamá. Escondo la cabeza debajo de la almohada. "Te levantas ya", dice gritando y tira de las sábanas, resisto abajo de la almohada, pero me la saca al grito de "arriba, ahora". Seguro que encontró mi mochila vacía. Me siento en la cama. No sé qué guardar, meto cosas: cepillo de dientes, auriculares, la tablet, un celular que apenas funciona.

Hace mucho que no veo a la abuela y no me gusta ir a su casa, menos si no está papá y hace meses que no tengo noticias de él. Además voy a tener que bancarme a la tía que es una criticona: "que estás muy flaca", "que seguís muy petisa", "que tenés el pelo muy largo". Y con Joaquín, mi primo, apenas hablamos.

"En 10 minutos salimos", grita mamá desde la cocina. Busco un short y una remera para cambiarme, nada me gusta, descarto ropa tirándola al piso. "Vamos", dice mamá y me dejo puesto lo que tengo. Cuando salimos a la calle vuelve esa sensación extraña en la panza. Me molesta mucho, intento que mamá me escuche pero no me da bolilla. Subo al auto y en el asiento me abrazo las piernas. Por suerte en el camino el dolor se va.

En la puerta del edificio de la abuela, mamá se pone más pesada que nunca, me pide que sea educada, no quiere que piensen que me crió mal, y dice que seamos agradecidas porque nos están haciendo un favor

enorme. "No soy un bebé que se va poner a hacer capricho" pienso decirle, pero me callo. Bajo del auto y me grita: "ojo con los amigos de tu primo Joaquín, ahora empiezan a estar todos revolucionados". Quiero que me trague la tierra.

La tía me espera en la puerta, me saluda con un beso, no soporto su olor a cigarrillos. Me tapo disimuladamente la nariz, la entrada apesta a olor a puchero. Con este calor cómo puede alguien comer eso.

Entramos al departamento y el olor se hace más pesado, descubro qué almorzaremos. La abuela con el delantal puesto, me agarra de la cara para besarme, sus manos están mojadas y huelen a lavandina. "Cada día más parecida a tu papá", me dice. Sonrío para no parecer maleducada. Joaquín aparece. Está más alto que yo y distinto a como lo recordaba. La tía insiste para que me muestre su habitación, como si fuéramos dos nenes que vamos a jugar.

En la pieza de Joaquín está su amigo Leonel sentado en la cama juega a la play, me saluda sin dejar de mirar la pantalla, tiene la voz más gruesa que mi primo, el flequillo peinado a un costado le tapa el ojo izquierdo, sopla para correrlo sin usar las manos. Me siento al lado suyo, tiene puesto perfume, el primer olor rico de esta casa.

Por suerte, me invitan a jugar a uno de esos juegos de matar, es la primera vez que lo pruebo, me gusta y además soy buena. Los dos me felicitan. Nos aburrimos de los tiros y salimos a dar vueltas por el edificio. Corremos por las escaleras y Joaquín nos cuenta historias de los vecinos, algunas son creíbles, otras no hace falta ser muy viva saber que las inventó. Al correr me gusta cuando mi cuerpo se roza con el de Leonel, a veces me acerco a propósito pero me da miedo que me diga algo. Cansados nos sentamos en el tramo de la escalera que une el quinto piso con el sexto. Joaquín hace chistes, no son graciosos, igual nos reímos, burlamos y gritamos. Una señora del quinto abre su puerta y nos chista. Joaquín hace señas para que nos vayamos, corremos hasta su habitación y nos tiramos los tres en la cama mirando al ventilador de techo. Extiendo los brazos hacia atrás, me siento extasiada hasta que veo que los dos tienen sus ojos clavados en mis axilas.

Me encierro en el baño y levanto los brazos frente al espejo, "rubios, apenas una pelusa", según mamá. La panza me duele de nuevo, me siento en el inodoro y en mi bombacha veo una mancha amarillada. ¿Será lo mismo que le pasó a Sol? ¿O me habré lastimado? Enrollo papel higiénico y lo pongo encima.

Salgo del baño, por suerte la puerta de la habitación de Joaquín está cerrada. La abuela pone la mesa, le pido permiso para hablar por teléfono. Mamá atiende, al oír mi voz se enoja, le pido que me escuche, hablo bajo, le cuento del baño y de la bombacha, se queda en silencio, me dice que

tenga paciencia, corta el teléfono y yo sólo espero que la cantidad de papel que me puse sea suficiente.